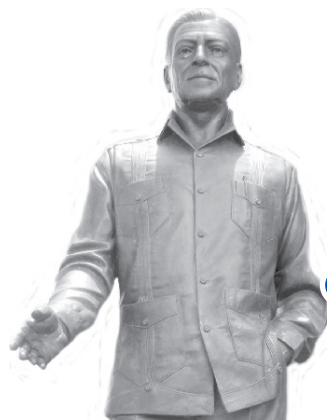




La Feria cacahuatera

(30 de octubre de 1960)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2614

DOMINGO 18 DE OCTUBRE DE 2020

Injerto (2013), de Baldomero Hernández.



ESCRIBEN: Carlos Ramírez, Aurora Villaseñor, Brandon Enciso, Magda Escareño,
Leopoldo Barragán, Ángel Gaona, Luis Larios, Élmer Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

Laberinto, en busca del origen del mal

Ágora

Hace tres meses, la revista *Gatopardo* publicó en su portal una entrevista que Aurora Villaseñor hizo al escritor Eduardo Antonio Parra, con el título *Los bajos fondos de la violencia*, en alusión al libro más reciente de este destacado autor mexicano: *Laberinto*, su tercera novela, por la cual obtuvo el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 2020, otorgado por la Universidad de Colima, la Secretaría de Cultura del Gobierno de México y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL), a través de la Coordinación Nacional de Literatura.

En razón de lo anterior, reproducimos íntegro el escrito de Aurora Villaseñor, una semblanza creativa que describe rasgos de la vida y obra de Eduardo Antonio Parra de una manera breve y amena, haciendo énfasis en este tema de la violencia que el autor ha explorado con una clara intención, tratar de encontrar su origen, “el origen del mal”.

Eduardo Antonio Parra: Los bajos fondos de la violencia

Aurora Villaseñor

A la presentación de su primer libro no fueron más que sus editores. Eduardo Antonio Parra era un treintañero que acababa de publicar *Los límites de la noche*, una serie de nueve cuentos en los que un conjunto de criaturas nocturnas ahogadas de apetitos y deseos anunciaban el que sería su estilo narrativo, uno capaz de bufar brutalidad y destilar erotismo. Aquella tarde de 1996, sin embargo, nadie se acercó a escuchar al periodista Sergio González y al crítico Christopher Domínguez, quienes presentaban al mundo a este nuevo escritor.

La charla fallida ocurría en el bar El hijo del cuervo, donde solían reunirse escritores al sur de la Ciudad de México. Parra había viajado desde Monterrey donde vivía tras escuchar por teléfono a Marcelo Uribe, director de Ediciones Era, decirle durante sus vacaciones familiares en Mazatlán que su libro era publicable. *Los límites de la noche* eran resultado de tardes despiadadas en las que Parra dejaba sus manuscritos al acecho de Hugo Valdez, Ramón López Castro, Rubén Soto y David Toscana. Los jóvenes obsesionados de la literatura que se autodenominaron grupo Panteón, que pasaban tardes enteras sometidos al descarnamiento de la crítica mutua. Todavía después de seis meses de la presentación, Parra no había perdido la esperanza de la mención en alguno de los suplementos culturales que compraba cada fin de semana, hasta que por fin apareció una reseña en *Vuelta*, escrita por el mismo Domínguez.

Veinte años después, Marcelo Uribe recordaría en una presentación con el público de un escritor consolidado, que *Los límites de la noche* se trataba de un libro sorprendentemente perfecto, sin una coma de más, sin un punto faltante. Un libro fundamental en la columna vertebral de su vida editorial. Un libro con el que surgió un escritor.

Eduardo Antonio Parra creció imaginando los relatos de dos abuelas narradoras. La de Durango le hablaba al niño de personajes nortños que no tenían hacia dónde voltear en medio de desiertos solitarios, y la de Guanajuato le susurraba acerca de historias góticas que involucraban a Dios, el Diablo y el pecado. Ambas cuidadoras tenían su propia respiración mientras se conducían al asombro, y esas respiraciones serían tiempo después una de las aspiraciones del escritor: lograr el ritmo de aquellas palabras lejanas en la ficción de una noche con vida propia, en la que los derrotados y marginales que todos ignoran salen a deambular.

Nació en León, Guanajuato, en 1965 a capricho del ginecólogo de su madre. Vivió sus dos primeros años en Celaya, y otros dos en Irapuato. Pero a los cuatro, cuando escuchó hablar del norte y desconocía de territorios geográficos, comprendió que partirían lejos por el trabajo de su padre que era funcionario bancario del Banco del Comercio del Bajío. Entonces llegó a Linares, en Nuevo León, a crecer rodeado de ranchos en los que veía cómo castraban a las reves, a nadar en el río, y a llenarse los ojos de las carreteras por las que viajaba la familia. A los 13 años el carácter nómada resurgió y partieron a Nuevo Laredo, Tamaulipas, donde no sólo resintió la violencia de la ciudad, sino que la convirtió en su principal obsesión.

“La violencia me fascina en el sentido de que no puedo mover la mirada de ella. Creo que todos los textos que he escrito sobre violencia son una especie de exploración para tratar de encontrar su origen, el origen del mal. Y por supuesto, estoy convencido de que todo eso lo traemos los seres humanos dentro, y que cuando no lo sacamos es porque la reprimimos muy bien con cultura, con educación, pero es parte de la naturaleza”, dijo a *Gatopardo* el año pasado en la FIL.

Parra tiene una barba crespa y un vozarrón de eco kilométrico, pero eso no impide que pueda convertirse en una prostituta sensual a la que el miedo invade en el carro de un desconocido, en un joven bellísimo en medio de una orgía, o en un frustrado sin oficio desgarrándose entre instintos y pasiones. Es poseedor de una pluma que excava en los orígenes de la violencia, con esa manía ha escrito libros de cuento, como *Tierra de nadie* (1999), *Nadie los vio salir* (2001), *Parábolas del silencio* (2006), la recopilación *Sombras detrás de la ventana* (2010), *Desterrados* (2013), y *Ángeles, putas, santos y mártires* (2014). Y las novelas *Nostalgia de la sombra* (2012), y *Juárez. El rostro de piedra* (2008).

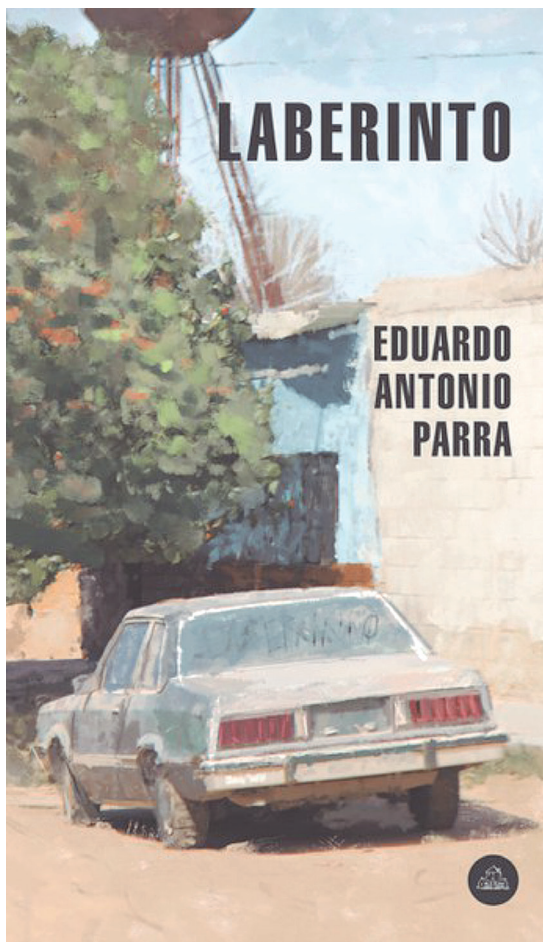
Desde *Los límites de la noche* (1996) hasta *Laberinto* (2019), su más reciente novela, las ilusiones fracasadas, las posibilidades del amor y del perdón, y el recuento de dolores y rencores invaden a seres marginales y aparentemente condenados.

“Desde el principio me interesaron muchísimo estos personajes, como los vagabundos, siempre que los veía yo pensaba: tiene una historia que a mí me interesa conocer, y si no conocer, imaginarla y contarla. Es gente que nadie toma en cuenta, que pasa desapercibida. Viven en los bajos fondos. Yo creo que sí podrían sobrevivir en otros niveles. La mayoría de los personajes pueden ser degradados, pueden ser perversos pero siempre hay una pizca de nobleza, una pizca de esperanza en ellos, yo creo que sí podrían dar el estirón”, asegura.

A Eduardo Antonio Parra le atraían los carteles cuando tenían de por medio la honorabilidad y códigos similares a los de los mafiosos italianos. En un intento por comprender cómo la violencia transforma a sus víctimas, escribió *Laberinto*, un relato hablado desde la nostalgia con que El Profesor y Darío recuerdan, nueve años después, en una cantina el día en que dos bandas criminales arrasaron con

su pueblo, El Edén.

“Con la gente invisible y con las víctimas de la violencia cerramos los ojos y volteamos para otro lado. Aunque digamos, ¡Ay, pobrecito, hay que hacer algo!, nadie hace nada. En cambio si lo ves trabajado en una obra literaria te metes en su interior al leer y empatizas y sientes las consecuencias de la violencia que no has vivido, y si te ha tocado, a lo mejor una novela te parece un chiste, pero si no vas a decir ¡oye, sí está bien grueso, hay que pararlo!, concluye el escritor que tiene que irse.



Creo que todos los textos que he escrito sobre violencia son una especie de exploración para tratar de encontrar su origen, el origen del mal.

Leer bajo el volcán



Bajo el limonero en flor

Carlos Ramírez Vuelvas

Bajo el limonero en flor, de Melquiades Durán, es una preciosa colección de haikús, esa exquisita forma de poesía japonesa, trasladada en la emoción poética de Melquiades en imágenes precisas y armoniosas al diseñar sus poemas. He dicho diseñar: trazar imágenes exactas con su pluma, para entregarnos la revelación de pieza artística, que siempre es un poco más que el objeto original al que se refiere la palabra. Hay que agradecer a este poeta nayarita, que desde hace décadas es nuestro vecino, su vocación por dibujar en sus haikús las costas de Colima, los paisajes de Colima, los frutos de Colima



y las emociones nuestras. Los invito a leer *Bajo el limonero en flor*, de Melquiades Durán. Los invito a leer literatura colimense.

Cinegrafías

Una nueva oportunidad para Neeson

José Felipe Coria

El actor Liam Neeson tiene rato de ser una redituable "estrella de acción". Producciones tipo las tres *Búsqueda implacable* (2008, 2012, 2014), o *Un paseo por las tumbas* (2014) & *Venganza* (2019), incluso su secundario papel en *Viudas* (2018), lo confirman como personaje al servicio de ciertos valores, no del todo impecables.

La reciente incursión de Neeson en esta veta es un traje a la medida: *Venganza implacable* (2020), apenas segundo filme del veterano productor Mark Williams, que mejoró tras su debut, *Hombre de familia* (2016), un deplorable churro.

El argumento coescrito por Williams es otra variación sobre los seres marginales que Neeson interpreta con voz áspera, gestualidad ruda y actitudes de hombre acorralado que no se deja intimidar.

Pero el giro es interesante. Tom (Neeson, claro) decide volverse honesto tras impresionante carrera como ladrón. El motivo es Annie (Kate Walsh). Pide al FBI una segunda oportunidad con un intercambio que considera justo. No busca resarcir sus malas

acciones, sino obtener un pasaporte a la paz interior y el amor con una mujer cautivadoramente real. Sólo que dos agentes corruptos tienen otra agenda.

Williams arma un policial que se desenvuelve como Dios manda: tenso, con giros ingeniosos, presencias no tan esquemáticas o predecibles. La temática es eficaz; está bien

contada, sin mayores adornos que una cámara en el lugar correcto, a cargo del fotógrafo Shelly Johnson, que da una atmósfera verosímil a la trama, llena de ambientes urbanos que anuncian peligro constante.

Dentro de este género, cintas como *Venganza implacable* sobresalen, entre la ingente oferta producida a lo largo de los años, porque Williams la sostiene con estilo austero y suspenso

exacto. Sólo esto basta para pasar un buen momento; para disfrutar la historia gracias a la concisión de su trazo, lo cual es digno de destacarse.

Hay directores que meten la pata en su primera película. Y no aprenden nada. Otros sí. Williams es de éstos. Se perfila como buen director de policiales, tras esta excelente propuesta comercial, ojalá que lo logre.



DIARIO DE COLIMA

Convoca

A escritores nacidos o radicados en Colima desde al menos 5 años atrás, a participar con trabajos literarios en el certamen

PREMIO ESTATAL DE VIÑETAS

Manuel Sánchez Silva 2020

Bajo las siguientes BASES

- 1.- Podrán participar los escritores y escritoras sin importar la edad, que envíen una viñeta con una extensión mínima de 5 cuartillas y máxima de 15.
- 2.- Los temas de la viñeta deberán tener relación con las costumbres colimenses, los habitantes y figuras singulares del folclor social, así como las crónicas sobre la actualidad social de Colima.
- 3.- Se entiende por viñeta un texto en prosa que comparte elementos con la crónica y el cuento, pero que privilegia la imagen y el retrato, el aguafuerte sobre determinadas circunstancias que hacen de la entidad o de la sociedad algo distinto a las del resto del país.
- 4.- Los trabajos deberán entregarse en sobre bolsa por triplicado, engargolados e impresos en hojas tamaño carta, a doble espacio y con letra Times New Roman de 12 puntos. Deberán firmarse con seudónimo y acompañarse con un sobre aparte y cerrado dentro del sobre bolsa, que contenga la identificación del autor, su nombre, domicilio, número telefónico y correo electrónico.
- 5.- Todos los trabajos, sin excepción, deberán acompañarse con un respaldo en disco compacto, grabado en archivo de Word y previamente desinfectado de virus.
- 6.- Las viñetas deberán enviarse a las instalaciones de Diario de Colima, ubicadas en Avenida 20 de Noviembre No. 580, Colonia San Pablo, Colima, Colima. CP 28000.
- 7.- La fecha límite de entrega de trabajos es el 1 de noviembre de 2020, a las 23:59 horas. Los trabajos que lleguen en fecha posterior, serán tomados en cuenta siempre que la fecha del matasellos del correo como máximo coincida con la del cierre de la convocatoria.
- 8.- Los trabajos serán calificados por un jurado integrado por personalidades de reconocido prestigio en el campo de las letras y el periodismo, cuyos nombres serán dados a conocer con oportunidad. Su fallo será inapelable.
- 9.- Se otorgarán 3 premios: \$10,000.00 (Diez mil pesos) al primer lugar; \$3,000.00 (Tres mil pesos) al segundo lugar; \$2,000.00 (Dos mil pesos) al tercer lugar, en efectivo y diploma. Se otorgarán menciones honoríficas a los mejores trabajos no ganadores, si el jurado lo considera pertinente.
- 10.- Los trabajos se recibirán a partir de la publicación de la presente convocatoria.
- 11.- Los ganadores serán dados a conocer el viernes 6 de noviembre y la premiación tendrá lugar el sábado 7 de noviembre. Las viñetas premiadas se publicarán en el suplemento cultural Ágora de Diario de Colima.
- 12.- Los casos no previstos en esta convocatoria, serán resueltos por los organizadores.

Colima, Colima, a 5 de octubre de 2020.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La Feria cacahuatera

Don Manuel Sánchez Silva

(30 de octubre de 1960)

Después de muchos años —nadie sabe en verdad cuántos— de celebrarse en el jardín Núñez la feria de “Todos los Santos”, el gobierno del señor general Miguel G. Santana amplió en 1936 su significación y la rebautizó, designándole “Feria Agrícola, Comercial e Industrial del Estado de Colima”.

De esa fecha al año de 1958, el tradicional festejo popular siguió efectuándose en el antes umbroso y fresco jardín Núñez, instalándose los puestos bajo los tupidos ramajes de los guayabillos, laureles de la India y almendros, que abundaban en ese lugar, ahora polvoriento y despoblado, con un lunar desértico.

Hace tres años, el gobernador Chávez Carrillo resolvió cambiar el asiento de la feria y revestirla de categoría. La trasladó al norte de la ciudad en el amplio terreno originalmente destinado a unidad deportiva. Ahí estuvo en el ya mencionado año de 1958 y está ahora, no habiéndose podido llevar a cabo en 1959, por el catastrófico ciclón del 27 de octubre de ese año, que devastó la mayor parte del territorio de Colima y sabotó la feria cuando todo estaba listo para inaugurarla.

En su nuevo asiento que será seguramente definitivo, la feria se ha extendido y conquistado creciente importancia. Puede considerársele, sin riesgo a exagerar, como una de las de mayor significación en el país: instalaciones metálicas, techos modernos y sólidos, escenarios monumentales, grandísima terraza para alojar cómodamente a más de mil personas, escaparates o “stands” técnicamente contruidos, separación racional para los aspectos agrícolas, industriales, ganaderos y juegos mecánicos; en fin, el desarrollo suficiente y práctico de un plan inteligentemente elaborado que responde al decoro de una capital de estado.

La feria actual es, a no dudarlo, espectacular, grandiosa y trascendental, pero... ya no tiene nada de la antigua, de la romántica, de la provinciana feria de Todos los Santos. Desde el punto de vista de la capacidad económica, nadie se atrevería a comparar esta imponente fiesta de hoy con la humilde y lugareña verbena del jardín Núñez, pero sentimentalmente, el recuerdo de aquella evoca un colorido y un sabor que ésta no tiene, pese a su indiscutible relieve.

¿Dónde están aquellos recorridos perimetrales, hechos en sentido inverso por las muchachas en relación con los hombres?

¿Dónde aquellos “manteados” de autóctonos “fayuqueros” que vivían de feria en feria comerciando con un capital de cien pesos? ¿Y los habilísimos jugadores de “hueso” (dados) que desplumaban a la clientela con el siete “cara de macho”? ¿Y los prestímanos criollos que se ganaban la vida engañando la vista de los apostadores, que nunca acertaban bajo cuál de tres pequeñas cápsulas había quedado “la bolita”?

¿Y el pregón del churrero, que al grito de “Ahora Pancho, sube Pancho, ¿cuántos Panchito?”, accionaba un ingenioso mecanismo cuya figura central era el charrito de hojalata, que determinaba el número de churros que debería llevarse cada comprador?

¿Y las “caneleras” que ocupaban todo el costado sur del jardín y se amanejaban preparando sus aromáticas infusiones, para servir las, mediadas con alcohol, a los “malditos” de cuchillo en la cintura y provocadora mirada?

¿Y los vendedores de cacahuete, que aturdían con su grito: “¡Al ruido de uña!... ¡Tostadito y calentito!”...?

¿Y la vieja costumbre de ventajear a parientes y amigos con el saludo intencionado: “Padrino mis perones, mis nueces y mis cacahuates”...?

¿Y aquella fragancia única, aquel polí-olor de la feria de Todos los Santos hecho del tufo de cerveza —entonces se vendían 3,000 cartones, por 200 ó 300 de hoy—, manzanas de California, loza de Tonalá, botanas de carnitas y de pata de vinagre, alfajor de coco y piña, y agua fresca de chan con limoncitos tiernos?

Todo eso y más pertenece al pasado, en donde van dibujándose las más hondas tradiciones populares, expulsadas por la vida moderna, importante y acelerada, pero cada vez menos emotiva.

¡Adiós, Feria de Todos los Santos! Te asfixió el perfume del whisky, te ahuyentó el trepidar de los motores diesel que mueven los juegos mecánicos y te pusieron fuera de la actualidad los “jai-bol”, los “cocteles”, el gas mercurial, el vitáfono, la música mecánica y, sobre todo, los corazones de moda, también mecanizados...

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



• Y los vendedores de cacahuete, que aturdían con su grito: “¡Al ruido de uña!... ¡Tostadito y calentito!”...?

• Y la vieja costumbre de ventajear a parientes y amigos con el saludo intencionado: “Padrino mis perones, mis nueces y mis cacahuates”...?



Agradecer

Leopoldo Barragán Maldonado

En la gramática de la moral cotidiana, agradecer es el verbo con el cual conjugamos los modos sociales, las relaciones personales, los tiempos biográficos, y las circunstancias existenciales; por ello, este verbo es la sombra que nos cobija y etiqueta en cualquier situación vital. Agradecer es un acto de conciencia por medio del cual procuramos al prójimo, todo aquel que agradece se trasciende a sí mismo, rompiendo los cercos del ego. Defino el 'agradecimiento' como 'acto de conciencia' porque en su más pura expresión ética, agradecer –o hecho de dar las gracias– es la manifestación de un sentimiento noble que se enlaza no sólo con la mente y el corazón –si es que éstos lo permiten– también se une con el hígado. El agradecimiento es terapéutico, elimina los efectos de la concupiscencia y neutraliza los arranques de soberbia.

Aquí estamos ubicándonos en el plano meramente humano, es decir, colocando el agradecimiento ante la mirilla de la reflexión fenomenológica y existencial, viéndolo en sus límites comunicativos interpersonales y socialmente condicionados a los procesos interdependientes del 'recibir' y el 'agradecer': recibo 'algo', entonces 'agradezco'. Sin embargo, el determinismo causa-efecto es superado en el nivel de agradecimiento intrapersonal, ya que no es necesario 'recibir' para 'agradecer', que nos baste conmocionarnos por lo que somos, tenemos y vivimos, no tanto por las contingencias existenciales del estar aquí y ahora ancladas en el movedizo fondo del disfrute instantáneo, sino por el simple hecho de vivir, de ser parte de la naturaleza.

La palabra 'gracias' es un vocablo analógico que resuena y cala en todos los órdenes de la materialidad. Es cierto que entre el 'recibir' y el 'agradecer' se establecen relaciones tangibles e intangibles cualitativamente desproporcionadas. El 'recibir' es mensurable, cuantificable, pensemos en cualquier regalo por más grande o pequeño, costoso o barato, no deja de ser materialidad; pudiera señalarse que no necesariamente esto es así, porque al recibir afecto, amistad, amor, la materialidad se difuma. De acuerdo, sin embargo no olvidemos que la intencionalidad de la conciencia, develada a través de la palabra, no siempre apunta a lo intangible, los deseos –buenos o malos– son tales sólo en virtud de la naturaleza del objeto al que se dirigen. Vale aquí el principio fenomenológico "toda conciencia es conciencia de algo". Aclaremos esto.

Cuando una persona inicia su negocio, acostumbramos desearle éxito y prosperidad, estos buenos deseos que 'recibe' tienen dependencia directa con los beneficios económicos que persigue. En el horizonte de la acción moral nada está suelto, un valor se amarra con otro valor, inclusive de diferente jerarquía. Los valores morales son selváticos, no desérticos. Por el contrario, el 'agradecer' es inmensurable, incuantificable, debido a su cualidad espiritual. Lo 'espiritual' es un género que en su extensión ética, lógica y ontológica incluye cualquier individualización de la 'materialidad', lo cual significa que en los ámbitos del obrar moral, el pensamiento y el ser tienen prioridad sobre lo material.

Como he señalado anteriormente, el sujeto que agradece se trasciende a sí mismo, ¿a qué me refiero con esta aseveración? Desde luego que a un estrato más allá del fenómeno existencial y los estereotipos sociales del agradecimiento. Para empezar, rechazo la tesis sociológica de Schutz, en el sentido de que el agradecimiento pueda ser una simple 'receta' que los sujetos emplean para controlar las numerosas situaciones en que interactúan socialmente, dar las gracias –en la hipótesis aquí planteada– no es respuesta mecánica para solventar de manera emergente y hasta inconsciente cualquier situación social, por ejemplo: "¿Cómo estás?, bien, gracias", automatismo que pronunciamos aunque nos encontremos mal económica o emocionalmente. Sí, esto es un hecho irrefutable

y sucede en lo que Schutz llama "mundo de la vida" (*Lebenswelt*), o vida mundana, de manera particular en esa categoría que designa como *Umwelt*, o sea, el mundo circundante de la vida cotidiana.

Nada más que la vida cotidiana, no es la 'vida', paralelo al *Lebenswelt*, está lo que nombro *Geisterwelt* (mundo espiritual), con sus diversas capas y jerarquías, algunos metafísicos les llaman los siete niveles de la espiritualidad. Bajo esta perspectiva cabe lanzar la siguiente pregunta: ¿el "mundo de la vida" será realmente mundano, religado sólo a las dimensiones del tiempo, el espacio y encadenado a la materia? Creo que no, de lo contrario seríamos incapaces de arribar a otras dimensiones espirituales, entendiendo por éstas, diferentes estados de conciencia. Lo humano no se reduce a la función estructural, ordenada y dirigida como si se tratara de un algoritmo. Más allá del ras mundano, fenomenológico, en que inicialmente consideré el agradecimiento, encuentro un 'acto

de conciencia' de nivel superior que permite la trascendencia de la persona, posibilidad que se abre cuando el agradecer rebasa la vinculación tripartita: corazón, mente, hígado, extendiendo su lazo hacia el universo. Más que seres emanados de la tierra, somos entes emanados del cielo. Confucio decía: "A los 50, (años de edad) conocí la voluntad del Cielo, a los 60, mi oído estaba sintonizado"; por supuesto, sintonizado con la energía cósmica, con la armoniosa música celestial. Efectivamente, el agradecimiento es conexión divina, una vía orientada hacia la inteligencia superior, un intento suprasensible

de la criatura que busca a su Creador. Aquí estoy hablando de lo que considero el auténtico acto de agradecer, ya que somos energía vibratoria que se desplaza por los microcosmos y el macrocosmo, potencias divinas que nos equilibramos en el Todo que es Uno, en el Ser que es el Bien.

Concédete la oportunidad de conjugar el verbo agradecer en cualquier tiempo, modo, relación y número, con la práctica continua de esta gramática concillas tu energía, entras en armonía, vibras positivamente identificándote con el fluir y el orden del mundo. Todo aquel que agradece genera un equilibrio entre su conciencia y el alma universal permitiéndole cultivar los campos de la moderación y la paz.



Concédete la oportunidad de conjugar el verbo agradecer en cualquier tiempo, modo, relación y número, con la práctica continua de esta gramática concillas tu energía, entras en armonía, vibras positivamente identificándote con el fluir y el orden del mundo.

El arte de novelar

Claudia Piñeiro sabe por las que está pasando

Élmer Mendoza

¿No cree? No tengo por qué mentirle; sólo tiene que leer *Quién no*, su libro de cuentos publicado por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en Argentina en septiembre y en México en noviembre de 2018. Son 16 cuentos, 16 historias de parejas contemporáneas que han pasado del claroscuro a la oscuridad más tenebrosa que usted haya imaginado.

Este libro es un registro palpitante de la vida cotidiana, esa que es un libro abierto donde todas las páginas están en blanco para que usted recuerde la leche de vaca. ¿Le gustaría visitar Buenos Aires cuando el confinamiento lo permita? Pues la mayoría de estos relatos transcurren allí, la ciudad de la autora. Algo importante es que varios pasarán a formar parte de usted para todos los días de su vida. No tiene escapatoria. Son espléndidamente inolvidables.

Claudia Piñeiro, que nació en el Gran Buenos Aires querido en 1960, ha escrito libros que son perfectos acompañamientos en la pandemia. Inducen a dejar de preocuparse por las sospechosas decisiones de los políticos mañaneros porque dejan muy claro que todos los errores se pagan. *Quién no* va de historias más o menos previsibles al suspense que es sorpresa pura. Son cuentos para contar, para pasear por un parque y volver a pensar en que cada persona que está allí es una historia viva.

El primer cuento del volumen es una historia de hombres que se han separado de sus mujeres y que deben resolver asuntos que tienen que ver con los hijos. Esos locos bajitos, diría Serrat. Ya verá en las que se ven. “Alquiler temporario” es un cuento perfecto, ¿cómo lleva usted su relación con los vecinos ruidosos? En este texto encontrará puntos de quiebre que no olvidará y aprenderá que saber esperar no tiene precio.

En el segundo cuento, “Dos valijas”, hay una revelación inesperada. Se lo conté a Leonor y hubieran visto su cara de sorpresa, esa que muy pocas veces deja ver. Ponga cuidado en la edad de las hijas. Hay una clave que le

hará exclamar: no me digas. El abuelo Martín les va a gustar, y al menos tendrán una explicación de por qué algunos abuelos resisten muy bien la soledad y son capaces de vivir aislados sin mayores preocupaciones. La madre de Mariano Osorno está escrito con un compás maestro, cada uno de los momentos tiene una dimensión precisa y un final que les arrancará una sonrisa.

Entrar en las páginas de este libro reforzará su idea de por qué Claudia Piñeiro es una escritora tan respetada. Si usted trae en su cabeza unos ojos azules penetrantes, nada de “ojos claros, serenos...”, ojos que fueron tes-

tigos de algo muy grave que hizo y que lo trae al borde del colapso, no lea “Ojos azules detrás del voile”, porque podría pensar que usted es el personaje e irse volando al polo norte.

“Carla y Rubén”, estilistas, es una historia donde el ingenio femenino produce algo más que una cálida atmósfera de rizos de colores y un futuro

promisorio. ¿Le fastidia poner el árbol de Navidad? Pues se va a identificar con “Mañana”, sobre todo si su árbol tiene varios años con ustedes y está dañado de muchas partes. Hay noches que sería mejor no vivirlas.

En algunos cuentos sobresale el mundo de autores famosos y sus casas editoras. “Bendito aire de Buenos Aires” lo acercará al universo de un escritor que usted está seguro de conocer; pero “La muerte y la canoa” le recordará infinidad de historias leídas, escuchadas y hasta imaginadas, desde Patrick Süskind hasta el autor de la máscara dorada. A John Lennon.

Claudia Piñeiro

Quién no



Colinas como elefantes blancos

Brandon Enciso Alcaraz

Lo sé, dije que dejaría de hablar de Ernest Hemingway, pero es que este cuento, y el de la siguiente semana, son dos textos que no puedo dejar de comentar, leer, reseñar, recomendar, y utilizar en aquellas afortunadas veces en que estoy frente a un grupo como docente.

Colinas como elefantes blancos es un cuento que expone, de forma breve y concisa, la idea de la narrativa del iceberg propia del autor de la generación perdida. En este cuento, una pareja llega a una estación de tren y discute, luego se van y no pasa más, o eso es al menos lo que uno pensaría si hiciera una lectura poco avispada.

Decir que este cuento lo recomiendo sí o sí para ser usado en un taller o clase de literatura, y no he estado hasta ahora frente a un grupo que no lo disfrutase y se haya maravillado al, con una breve guía de parte de un servidor, llegar por su propia cuenta a

desentramar el tema de que habla esta pareja de desconocidos, o dar sus propias interpretaciones sobre ello.

De entrada, decir que este es un texto basado en el diálogo. Las descripciones del escenario escasean y sólo existen cuando son en extremo necesarias para decir algo. Sabemos, por ejemplo, que la pareja ha llegado a una estación de tren con dos vías, están en el Valle del Ebro, en España, y de ellos sólo sabemos que él es norteamericano y se refiere a ella como Jig, llevan maletas con marcas de múltiples hoteles, y, mediante la ausencia de un comentario directo, y con una pregunta expresa, sabemos que la mujer no habla español, así que, además, la conversación entre ellos

dos se desarrolla en inglés.

Ambos comienzan tomándose una cerveza, y luego, un Anís del toro, y sin preámbulo alguno, ella refiere que las colinas, al otro lado del valle, parecen elefantes blancos, este comentario, respondido sin demasiada emoción por el hombre, desata la discusión entre ellos, una que, tomando en cuenta el tiempo que falta para que pase el tren al inicio del texto, y el que falta al final, sabemos que duró 35 minutos.

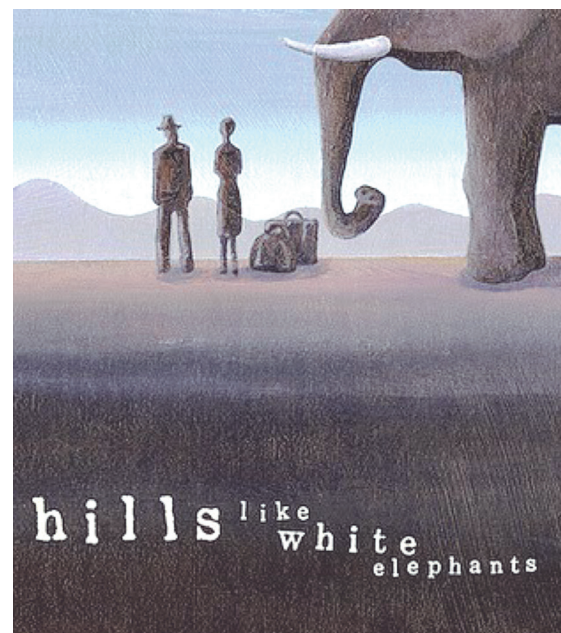
El desarrollo de la discusión es, entonces, lento, y jamás se aborda directamente el tema, se refieren a éste como una operación y hay una excelente exposición de personajes donde cada cual deja ver sus puntos; por

su parte, el hombre insiste en que la operación se lleve a cabo, pero en determinado momento le dice a ella que está listo para dar el paso si significa algo; en tanto, ella parece sólo aceptarlo, y lo cuestiona si luego de esto, po-

drán ser felices de nuevo, y disfrutar de las pequeñas cosas, sin embargo, deja ver también su miedo a perder, y llega al hartazgo cuando, después de una poderosa repetición, le dice a su pareja que se calle.

Cuando el tren llega, las bebidas son pagadas y la pareja parte, él lleva las maletas y le pregunta a su pareja cómo se encuentra, a lo que responde que muy bien. Intuimos ahora que ha tomado una decisión, pero no se nos dice cuál.

Al final, la pregunta queda en el aire, y yo le invito a usted lector a ir y conocer este cuento, y sentarse, cual detective, a buscar todas las cosas que están ahí, pero jamás son mencionadas.



¡Malhaya la mujer que te parió!

José Luis Larios García*

En la segunda década del siglo XIX, la pequeña villa de Colima apenas se reponía del terremoto ocurrido en la madrugada del 31 de mayo de 1818, que dejó gran número de víctimas mortales. La Iglesia Parroquial, actual Catedral Basílica, estaba en reconstrucción y, las Casas Reales (hoy Palacio de Gobierno), junto con la sala de cabildo y la cárcel, fueron apuntaladas por el mal estado que presentaban. Aun así, la vida cotidiana de la población transcurría de forma regular, algunos caminos eran inservibles, maltrechos y desolados, otros alejados de la urbanización, sobre todo cerca de los arrabales de la villa de Colima.

Dos años después del fatídico desastre, en diciembre de 1820, una joven mujer de nombre María Dolores Cardona, avecinada en el puerto de Santa Gertrudis (hoy cerca de los linderos de arroyo Santa Gertrudis), caminaba por las laderas del río Colima, al norte de la población. Desde muy temprano, se dirigió al tianguis de la plazuela del mercado, a surtir de comestibles y comprar algunos productos como cuero curtido de vaca, una botija de mezcal de Tuxcacuesco para su marido Antonio Pacheco, verduras, un rebozo y retazos de manta. También aprovechó oír misa en la capilla del Dulce Nombre de Jesús, pues la capilla de La Soledad –contigua al barrio de Hueso, la cual quedaba a su paso– había quedado inservible desde el terremoto del 31 de mayo, a tal grado que fue imposible volver a edificarla.

De regreso, María Dolores se encontró con un viejo amigo de nombre José Gabriel Viera, mulato, originario y vecino del pueblo de San Joaquín, con quien había tenido una relación de manera “ilícita” durante cinco años, es decir, sin haber contraído el sacramento del matrimonio, o bien, en amasiato. Viera estuvo casado, pero enviudó antes de tener amistad con María Dolores; tiempo después, conoció a Micaela, su actual esposa en segundas nupcias. Mientras tanto, María tuvo que alejarse del susodicho ante semejante acontecimiento y olvidar su relación.

Él, en su caballo, iba a galope por el barrio de La Merced (hoy en las inmediaciones de la presidencia municipal) hasta cruzar el arrabal del barrio de La Presa, al norte de la villa de Colima, para alcanzar a María Dolores con la intención de reclamar un asunto de suma importancia. Cerca del arroyo de Campos (contiguo a los linderos de actual Panteón de los Gringos), bajó rápidamente Viera, con la mirada penetrante y perturbadora, la tomó de un brazo con bastante fuerza, agitado y con voz resonante le dijo ¡Dime, grandísima puta! [sic] ¡Malhaya la mujer que te parió! Ella, sorprendida, de inmediato se tiró al suelo, pero con más ímpetu él la tenía sometida sin que nadie la pudiera ayudar, y de nuevo se expresó ¿Por qué hechizaste a mi mujer? Según Viera, recordó antes de casarse, María Dolores había echado un maleficio a su mujer, donde

argumentó que “hiciera la cama ancha para que cupieran los tres, que ella había de ser la mujer con la que se debía casar”; luego del matrimonio, su mujer empezó a enfermarse y desde entonces no se pudo recuperar.

Micaela comenzó a tener “una bola en el vientre de la que arrojó muchas sanguijuelas, insectos y animales”. Antes del encuentro, él y su esposa fueron a ver a una curandera, que revertía los hechizos; les advirtió “está hechizada, tiene una vejiga llena de inmundicias de la barriga que la tiene enferma su amasia María Dolores Cardona y había dado al hechicero cinco pesos y siete reales, y le faltaba un peso para acabar de completar el maleficio”; –su muerte ocurriría en la nochebuena–. La curandera aconsejó que, para curar a su mujer, “fuera y le diera una buena represión a su amasia”.

Tan pronto se recuperó María Dolores, junto con su marido Antonio Pacheco, acudieron ante el juez José Ignacio Ochoa para denunciar a José Viera, y expresaron que “él estaba lleno de cólera; le dio muchos chicotazos por la pajuela y por lo gordo del chicote, sin hacer aprecio a sus exclamaciones que se detuviera”. También le tiró dos cintarazos, “le dio

mucho por lo ancho del cuchillo en la cabeza, cara, brazos, cuerpo, muslos y piernas”, le pedía que la dejara ya, por el santísimo sacramento”. Luego montó su caballo y se fue, quedando ella mal herida.

De acuerdo al médico cirujano del Ayuntamiento de Colima, María Dolores recibió golpes en todo el cuerpo que le formaban escarabajos, todos contusos; le penetró y rompió un hueso. Además, le dio dos piquetes en la mejilla, al parecer inferidos con machete, el primero con la cacha y, el



Volcanes y río Colima (1930): AHEC, serie Paisaje y vida cotidiana-FAC1P162.

segundo, con la punta.

Después de las averiguaciones, el juez Ignacio Ochoa puso en prisión preventiva en la cárcel pública al acusado. Ante esta situación, deliberó que el atentado tuvo su origen en la ignorancia y preocupación del agresor y malicia de dicha curandera, por lo que María Dolores y su esposo perdonaron las injurias del aludido. Por tanto, José Viera pagó los gastos, atrasos y perjuicios con ocho fanegas de maíz y dos pesos en reales de multa para ser liberado.

Referencia:

Expediente, Criminal. María Dolores Cardona por golpes contusos que recibió de José Viera (18 de diciembre, 1820): AHMC, D-34, posición 53, exp. 44, ff. 1-12.

*Investigador del Archivo Histórico del Municipio de Colima

luislarios.ahmc@gmail.com

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los amigos

Carlos Caco Ceballos Silva

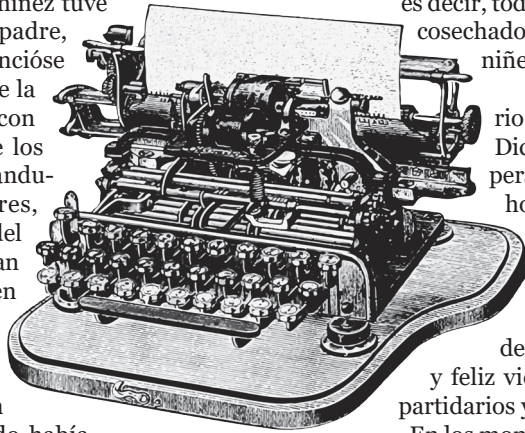
INVIERNO 1991. En mi niñez tuve muchos amiguitos. Mi padre, hombre práctico, convencióse de que era preferible que la casa pareciera una pajarera con los gritos, cánticos y risas de los chiquillos, a que sus retoños anduvieran visitando otros hogares, que a lo mejor no eran muy del agrado de otros papás que podían molestarse al ser perturbados en su paz hogareña. Así es que todos los niños y niñas del barrio y de otros, sin distinción de clase ni color, se juntaban en mi casa, donde en el fondo había árboles de mango, guayabo, lima y manzana rosa, y donde se colgaban columpios, argollas y en el piso se ponían colchonetas para que los costalazos que seguido se sucedían, no fueran de consecuencias.

Posteriormente, en la adolescencia, tuve por amigos a todos mis compañeros de clase del colegio Colón, y de todos los amigos de aquellos lejanos ayer; como es natural, sólo dos o tres están en activo. Después vino la juventud, encontré nuevos amigos, empezando por estos tiempos a conocer y practicar las mañas muy en boga cuando todavía se les tiene miedo y vergüenza a las mujeres y se rinde culto al bíblico Onán.

Cuando yo tuve familia y siguiendo las costumbres de mi padre, en Guerrero 35 reuníanse todos los amiguitos de mis hijos, y así también convertíase aquello en una alegre pajarera de donde salían las excursiones al mar y al volcán, con la aquiescencia de mis amigos, los papás de los compañeros de mis hijos.

A todos mis amigos los he conservado, aunque la parca a muchos se los ha llevado; tuve amigos de ocasión, de esos que se hacen en el tren, en la cantina, en la cola comprando boletos de fútbol. De éstos, sigo viendo algunos por casualidad; a otros, por el contrario, la distancia y el tiempo los van borrando de mis actualidades, pero no los olvido y, cuando se ofrece, siempre recuerdo los ratos agradables que pasé entre ellos.

Encontré amigos y amigas en el hotel Ceballos de Cuyutlán, revaluando nuestros afectos y simpatía de temporada. También cultivé amistades con reclusos, banqueros, cursillistas y con damas de muslos retozones. También entre mis amigos contaba con sacerdotes, aleluyas, masones, periodistas, panaderos, personas de sociedad, boleros y gentes de rancho;



es decir, toda una gama de amigos y amigas cosechados en todas las épocas, desde la niñez hasta la vejez.

Es lo más hermoso y satisfactorio que nos puede deparar la vida. Dicen que la amistad es la unión de personas de buena fe y que sólo los hombres sinceros tienen amigos; los demás pueden llamarse socios, cortesanos, compañeros, cómplices, partidarios, pero no amigos, y pienso que de verdad así es, pues en mi larga y feliz vida también me he topado con partidarios y compañeros.

En los momentos difíciles, encontré apoyo amistoso y económico en muchos y, como excepción, un mínimo me negó a la hora de la verdad. Pero estos también los recuerdo con atención, pues me dieron la oportunidad de aquilatar con más precisión a los que me otorgaron su apoyo y tener más que contar de mis nutridos recuerdos.

Entre los amigos hay de todo, pues es natural que así lo sea, unos se sienten superiores, otros apoyados, unos son sinceros, y otros, la minoría, interesados; unos divertidos y otros no lo son, pero a todos se les debe buscar y encontrar lo bueno que todos tienen por igual, y tratarlos con la comprensión y aprecio con que ellos nos tratan a nosotros.

Recuerdo una observación sobre la amistad que me hizo el licenciado Agustín Acosta Lagunes cuando era gobernador del bello estado de Veracruz: "Cuando se está aquí no debe confiarse mucho en los amigos, pues en la política los amigos son de mentiras, y los enemigos de verdad". Frases realistas que de seguro lo olvidan la mayoría de los políticos que están en la cima.

Ojalá algún día llegue a todos nosotros la comprensión, el amor y la inteligencia suficiente para entender el valor inmenso que encierra la amistad, y que sirve para unir voluntades y sentimientos en beneficio de todos por igual.

Van estas últimas palabras, mis más fervientes recuerdos para mis amigos que se alejaron y a quienes tanto debo por sus buenas voluntades, simpatías que me prodigaron y enseñanzas y apoyos que me otorgaron. Ojalá que cuando yo parta se me conceda el gran privilegio de volver a estar en su grata y divertida compañía.

* Empresario, historiador y narrador. †

Embrionario

Magda Escareño

Brusquedades:

III Blanco desafío:

Brusco el ojo que se derrama sobre el cristal de lluvia. Polvo en frío que se desliza hasta el hueco de la caricia. No se está en ninguna parte ante el cúmulo de signos sin descifrar. Y con los puños tocaré las piedras. Con gritos rasgaré las sombras hasta encontrarme.

En tus ojos

León Mendoza

En las pupilas de tus ojos tatuaste la sombra de tu alma que miraba como callaban las historias de una sonrisa que dejaste en cada página de una vida donde trataste de esconder en un rincón de un corazón que te robaron en una juventud insolente y mártir

A una musa con aspiraciones

Ángel Gaona

Su rostro angelical es un poema *contrario sensu* pergeña párrafos llenos de vacío alegorías inéditas metáforas sin sustento inapetencias textuales incorrecciones farragosas No a todas se les da ciertas son el motivo la causa y la circunstancia es más, algunas son la poesía hecha persona Ese es su papel y no otro da coincidencia fatal de ser musas solamente.